



Dentro de la narrativa de La Generación del Noventa y ocho en España, resulta imposible olvidar a don Miguel de Unamuno y, con él, a una de sus obras menos difundidas, *San Manuel Bueno, Mártir*. Novela que, según mi parecer, refleja de manera más intensa el conflicto mismo de su creador, dos fuerzas justificadas en una pugna irreconciliable: la razón y la intuición; esto es dos formas de conocer el mundo exterior, lo que se traduce en el texto entre una oposición entre *creer* y *ser*; conocimiento positivo y saber significativo; un drama muy generalizado en el hombre globalizado y que resulta ser, en definitiva, una neutralización del sentido trágico de la existencia propia del mundo griego: con Unamuno vivimos una incorporación de esta visión trágica que, en la literatura contemporánea, se universaliza en la oposición *sistema-individuo*, fundamento de la *negativa contemporánea*, drama que se refleja prácticamente en la totalidad de la literatura actual en cuyo contenido de la expresión subyace esta concepción dramática de la existencia humana.

Todo problema de lo trágico necesariamente encuentra sus raíces en la tragedia ética antigua, primer gran intento de objetivación de lo trágico¹ (1) y es de allí que se proyecta de manera intermitente en la evolución de la literatura y del pensamiento occidental, reflejado en la obra de períodos inminentemente críticos. Don Miguel de Llamano es uno de esos grandes escultores, próximos a nuestros tiempos con plena vigencia y que resulta ser contradictorio en el tratamiento del tema en cuanto, cronológicamente se inserta en un período en que el positivismo de las ciencias lo opea todo y en donde es muy difícil el surgimiento de la percepción trágica de la existencia y, por tanto, de la angustia contemporánea; por lo que podemos suponer que su manifestación es un precedente importantísimo para las letras europeas contemporáneas. Asimismo, en el caso de nuestra tradición hispana que, por su carácter religioso, aleja aún más toda posibilidad de manifestación trágica con una dimensión cósmica.

Durante la Gracia antigua están dos aperturas vitales al mundo externo, racional e irracional (intuitiva), conformándose una unidad indivisible; coexistían armónicamente y se potenciaban reciprocamente; así fueron capaces de crear la máxima expresión de la irracionalidad para entender y justificar el cosmos: la mitología; y, por otra parte, de la forma paralela a ella y, a su vez, la máxima expresión de la racionalidad, la filosofía. De acuerdo a nuestra historia y consecuencia del sofismo, cuyo propósito será racimar todo el ámbito de la existencia humana, se rompe esta unidad y no se vuelve a recuperar a lo largo de la evolución histórica y literaria de nuestro Occidente Cristiano; apareciendo de manera exclusiva y excluyente o la postura racional o la irracional en épocas de inestabilidad en que los ciencios y la realidad objetiva no permiten responder a la inquietud que el hombre hace por los fundamentos de la realidad externa y por el qué de su propia existencia; así podemos reconocer y asociar tanto el romanticismo como el existencialismo como expresión de ese sentimiento. Este antagonismo, en la obra, se expresa a través de la interioridad misma de San Manuel y de Lázaro de modo irrecconciliable; de igual manera se puede constatar en la oposición que se da entre Blasillo y el pueblo de la aldea de Valverde de Lucena. El racionalismo encarnado en la figura del párroco de la villa, Manuel; y el ciudadano progresista, el uno en figura retirada y, el otro

Leary, A. (1998). *La casa de los cerros*, p. 10.

Indentes / 1^o xru. 2003 / pg. 211-214 /

San Manuel Bueno [artículo] Orlando J. Vidal Leiva.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vidal Leiva, Orlando J.

FECHA DE PUBLICACIÓN

2009

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

San Manuel Bueno [artículo] Orlando J. Vidal Leiva.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile